

ESTUDIOS DE CULTURA OTOPAME

5



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Antropológicas
México 2006



Ilustración de portada tomada del *Códice de Huamantla*.

Primera edición: 2006

© 2006, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Antropológicas
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

ISSN: en trámite

D.R. Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

LOS ENTIERROS HUMANOS PREHISPÁNICOS DE HUAPALCALCO

ENRIQUETA M. OLGUÍN

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Huapalcalco es una zona arqueológica muy poco conocida, su ocupación continua se planteó alguna vez desde el Paleolítico, lo que aún sigue siendo materia de discusión entre los especialistas que hemos trabajado en el lugar. Sin embargo, estamos convencidos de que, durante el Epiclásico, Huapalcalco fue un asentamiento importante que guarda muchas incógnitas relacionadas con la llegada de los toltecas al Altiplano Central, antes de la fundación de Tula; de ahí que sea importante comenzar a estudiar las particularidades arqueológicas del sitio que aquí interesa. Es el caso de las costumbres tafonómicas y funerarias del lugar, que se abordan en el presente con la expectativa de sistematizar y dar a conocer los entierros que se realizaron en esa zona arqueológica y que se descubrieron en diferentes temporadas de excavación distribuidas entre los años 1955 y 1985.

El sitio arqueológico de Huapalcalco se localiza en el valle de Tulancingo, Hidalgo; este último forma parte del Eje Neovolcánico y colinda al norte con la sierra de Veracruz, al oriente con la sierra norte de Puebla, al occidente con la sierra de Pachuca y al sur con la cuenca de México. La zona arqueológica de Huapalcalco se encuentra hacia el oriente del valle de Tulancingo. Limita hacia el este y hacia el noroeste con el acantilado de rocas del cerro de la Mesa (*Síntesis geográfica del estado de Hidalgo* 1992:13; West, en Gaxiola 1978-1979: 2-4; *Carta topográfica Tulancingo* 1994). La zona dista 4 km al norte del centro de la ciudad de Tulancingo y 2 km de la carretera México-Tuxpan.

Los reportes sobre entierros humanos prehispánicos que proceden de la zona arqueológica de Huapalcalco son escasos y dispersos. Entre 1955 y 1956, Florencia Jacobs Müller y César Lizardi dieron cuenta sobre el hallazgo de entierros ceremoniales en varias estructuras arquitectónicas y en la cueva del Chivo, también llamada cueva del Tecolote, una formación topo-

gráfica muy cercana al centro cívico-ceremonial de Huapalcalco y estrechamente vinculada a él.¹ En 1959, dentro de la misma cueva, Cynthia Irwin encontró varios entierros. En 1980 se remitió un informe a Rafael Abascal en el que se le informó sobre el hallazgo de otro entierro en la misma formación geológica.

En 1980-1981, Margarita Gaxiola y Jorge Guevara excavaron el entierro de un cráneo en un patio asociado con una zona de desechos de talla de obsidiana, en los talleres del Pizarrín, lugar vecino a dicha zona arqueológica. En 1983-1984, Enriqueta M. Olguín descubrió otros entierros, también ceremoniales, asociados con más estructuras arquitectónicas. Aparentemente, durante diferentes momentos de 1999 se excavaron entierros cuyo registro y estudio no figuran en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología ni en la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia; el paradero de estos restos es incierto y sólo se sabe sobre ellos por informes orales² y por notas periodísticas (*El Sol de Tulancingo* 1999, marzo 17, p. 2).

Resulta complicado, hasta ahora, clasificar los entierros humanos de Huapalcalco debido a la escasez de materiales y a la falta de registros sistemáticos no sólo de carácter arqueológico, sino también de antropología física. Esto ha impedido caracterizar a la población prehispánica del lugar a partir de sus características físicas, fisiológicas, genéticas y patológicas,

¹ En los acantilados que limitan hacia el oriente del centro cívico-ceremonial de Huapalcalco hay cuevas y abrigos rocosos. Una de esas formaciones geológicas es la cueva del Tecolote o cueva Quemada del Chivo o cueva del Chivo, también llamada cueva de la Chiva Quemada (Irwin 1959-1960:4, 19, 23, T. II), o cueva calcinada del Chivo (Müller 1956-1957:129). Su entrada da hacia el occidente. En 1959, Cynthia Irwin Williams catalogó la cueva del Tecolote como la cueva *HPI*, que se ubica a 98° 27' latitud norte y a 20° 6' de longitud, se localiza a unos 50 m sobre el nivel del suelo del valle, es de riolita y está muy erosionada; su entrada tiene forma triangular; su piso tiene forma de rampa, muy inclinada, de oriente a occidente, lo que es una desventaja que le resta utilidad al espacio, que es superficial y estrecho pues se extiende sólo 7 m dentro del peñasco (Irwin 1969: 20). Hacia la esquina suroeste de la entrada de la cueva del Tecolote hay un abrigo rocoso de reducida área, se trata de la Rinconada del Tecolote, que no hay que confundir con la cueva propiamente dicha. Tanto Florencia Müller como César Lizardi hablan de otra cueva, la cueva del Coyote, de existencia incierta (Lizardi 1954:1-2; Müller y Lizardi 1955: f.12).

² Porfirio Cárdenas Soto, delegado municipal de Huapalcalco y vecino de ahí mismo, informó que durante los trabajos que se hicieron a propósito de obras del drenaje en Huapalcalco, se encontraron unos diez esqueletos alineados; afirmó que personal del Centro Regional Hidalgo del Instituto Nacional de Antropología e Historia atendió el hallazgo (Porfirio Cárdenas Soto, comunicación personal, agosto 15, 2002).

así como a partir de aspectos culturales sobre el tratamiento dado a los muertos y la relación de dichos tratamientos con creencias y costumbres religiosas que se relatan en algunas crónicas de la época del contacto, y en reportes orales de los actuales vecinos de lugar.³

Dado que dicha tarea se ha de comenzar por alguna parte, la doctora Josefina Bautista y quien esto escribe decidieron dar el primer paso durante los años 2001 y 2002, buscando el material osteológico procedente de Huapalcalco para concentrarlo en la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde la doctora Bautista realizaría los análisis pertinentes. Sin embargo hasta ahora, de un total de veintitrés osamentas –distribuidas en entierros individuales y dobles que se encuentran registrados en informes arqueológicos y en publicaciones–, sólo se pudieron localizar nueve. Debido a esta situación, la doctora Bautista sólo logró revisar el 43.4% del material osteológico recuperado hasta nuestros días. No existe a la fecha información alguna sobre el paradero de los otros catorce esqueletos, o sea del 56.6 % de los entierros sobre los que se tiene noticias.

Luego de concentrar la información disponible sobre todos los entierros de la zona arqueológica de Huapalcalco que se excavaron entre 1955 y 1985, durante las diferentes temporadas de exploraciones, se decidió clasificarlos y adelantar algunas interpretaciones sobre los mismos, considerando también aquel que se encontró en el Patio Norte de una unidad habitacional, denominada Área C, asociado con una zona de desechos de talla de obsidiana, en los talleres del Pizarrín, que se ubican a unos cuatro o cinco kilómetros hacia el sureste, del centro cívico-ceremonial de Huapalcalco. Se trató de un entierro ceremonial (Gaxiola y Guevara 1980-1981:20, 27).

En este artículo se presenta la información general sobre esos entierros que se inventariaron, clasificaron y catalogaron en un texto mucho más amplio que se puede consultar en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología y en la Dirección de Antropología Física, ambas dependencias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y que se titula *Catálogo Arqueológico de los Entierros Prehispánicos de Huapalcalco, Tulancingo, Hidalgo, que se excavaron entre 1955 y 1985. Incluye algunas observaciones de las Dras. Josefina Bautista y Carmen Pijoán de la Dirección*

³ Algunos habitantes de Huapalcalco refirieron que se han llegado a encontrar entierros humanos aislados, en posición sedente y con una vasija colocada sobre la cabeza a manera de casco, o bien “como si cargaran agua o comida en ella” (Filiberto García Barraza, vecino de Huapalcalco, comunicación personal, diciembre 15, 1983).

de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia, del año 2003 y cuya redacción corrió por cuenta de quien suscribe.

Debe precisarse que la arqueóloga Florencia Müller (1963a) realizó una clasificación inicial así como algunas interpretaciones sobre los entierros que ella excavó. Sin embargo, los criterios que utilizó Müller para definir sus “tipos” son confusos y muy variables; por ejemplo, entre los entierros que clasificó figura uno que consistió en una ofrenda sin restos óseos humanos. Por otra parte, incluyó en su clasificación un entierro humano que procede del extremo sur del valle de Tulancingo y no de Huapalcalco ni de sus alrededores; además, es único en sus características como describió en su última publicación (Müller 1986). Por todo esto y debido a otros detalles se prefirió proponer nuevos criterios de clasificación.

En el citado catálogo se explicitan los criterios de clasificación adoptados y propuestos y se ofrece una cédula de registro arqueológico para cada entierro. Cada una incluye la descripción detallada de sus componentes, en la medida en que las fuentes bibliográficas, inéditas y publicadas así lo permiten; en cada cédula se citan las diferentes nomenclaturas que recibió cada entierro, las interpretaciones que hicieron otros arqueólogos y antropólogos físicos sobre los restos, las respectivas imágenes, ya sean fotos o esquemas a línea que corresponden a cada entierro y a sus elementos asociados y, finalmente, parte de la más reciente información que aportó el análisis de antropología física que realizó la doctora Josefina Bautista, así como los comentarios que la doctora Carmen Pijoán hizo a propósito de algunos restos. Ambas investigadoras están adscritas a la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Cabe destacar que no se expone aquí, ni en el catálogo, la información medular completa que la doctora Josefina Bautista obtuvo de los restos óseos procedentes de Huapalcalco que aún se conservan, y que las interpretaciones de la especialista no se han agotado sino que, por el contrario, quedan por explicar de manera extensa, acompañadas de las radiografías y de las fotos de los restos que ofrecen la información más interesante en materia de antropología física. Tal vez esto pueda realizarse en alguna ocasión futura.

Contando con la información, publicada y de archivo, los entierros de Huapalcalco se clasificaron atendiendo a dos criterios: 1) por una parte, a la integridad del esqueleto, ya que las características de algunos restos óseos evidencian su asociación con actos rituales, y 2) por otra parte, a la disposición de las vasijas que acompañaban a los cadáveres o a diferentes partes corporales.

Para realizar la clasificación tampoco se consideró la fecha que propuso o sugirió quien o quienes excavaron cada entierro, debido a que aún existen serios problemas para afinar la cronología del sitio y la que corresponde a los distintos lugares sobre los que se hicieron las diferentes excavaciones arqueológicas. Estas dificultades necesariamente deben zanjarse a través de una discusión particular en otro lugar.

En la clasificación se incluyeron los entierros que se encontraron en la cueva del Chivo pues indudablemente estuvo en uso durante la ocupación del centro cívico-ceremonial de Huapalcalco, dada su vecindad inmediata; de ahí que los entierros excavados en uno y otro lugar no sean fáciles de desvincular, aun cuando existe la posibilidad de que carecieran de relación en determinados momentos, pues la cueva presenta varias ocupaciones cuya cronología, como ya se dijo, aún está por discutirse. Independientemente de ello, resulta interesante el hecho de que tal formación geológica sea vecina de otra cueva en la que, en la actualidad, los otomíes del cercano pueblo de Santa Ana Hueytlalpan realizan ofrendas. Esta costumbre es muy poco conocida y menos estudiada en detalle, pese a que es clave para comprender la relación de los otomíes con el centro cívico-ceremonial de Huapalcalco.

A continuación se presentan los apartados en los que se clasificaron los entierros de Huapalcalco que se excavaron entre 1955 y 1985.

Clase 1. Aquí se incluyen los entierros que se excavaron en Huapalcalco y en los talleres del Pizarrín, que tienen una denominación, o una mención en los registros técnicos, pero cuya información es pobre o escasa.

Un caso es el del Entierro B del Grupo VI (Müller 1963 a: 29), que fue saqueado y del que sólo se sabe que se depositó dentro de una caja hecha en el terreno con lajas. Además, tenía varias vasijas como ajuar funerario. Data del Preclásico tardío.⁴

Otro caso es el del Entierro H del Grupo VI (*ibidem*: Tabla A), del que sólo se sabe que era individual, se dispuso sobre una cama de conchas y tenía como ofrenda una vasija negra de fondo plano; data del Postclásico (*ca.* 1400 dC).

También se incluye dentro de este apartado el Entierro I del Grupo VI, que era individual, adulto, masculino, se encontró flexionado en decúbito

⁴ Lizardi (1968: ff.73) afirmó que los entierros que se encontraron flexionados datan del Preclásico superior. Müller (1963 a: 29), por el contrario, situó los entierros flexionados hacia el Preclásico tardío y aclara que éstos presentaron diversas posiciones respecto al lado en el que yacían. Los entierros ubicados en el Preclásico tardío pudieron fecharse con radiocarbono, se lograron dos fechas: 1950±200 años y 1650 ± 200 (Müller 1963 a: 27).

lateral derecho sobre una cama de tepalcates y data del Preclásico tardío (*ibidem*).⁵

Otro entierro más que aquí se incluye es uno que carece de denominación, en el catálogo se le identifica como entierro sin denominación alguna del complejo norte M-b (Müller 1962, ff. 3-4; 1963 a: tabla A); formó parte del centro ceremonial de Huapalcalco, dentro de un cuarto con tres pisos sobrepuestos: el primero de barro y tezontle pulidos, el segundo de estuco y el tercero de barro. En el centro del tercer piso se halló un incensario y los restos de un entierro incompleto, primario, sedente, flexionado y sin ofrenda. En ese lugar había un ojo de agua, sobre el que se hizo una plataforma durante el periodo Clásico (*ibidem*, ff.5-6).

Se incluye de la misma manera el Entierro 1 que se encontró en el Patio Norte de la Unidad Habitacional, denominada Área C de los talleres de talla de obsidiana del Pizarrín, lugar que se ubica unos 6 km al sureste del centro ceremonial de Huapalcalco, que excavaron los arqueólogos Margarita Gaxiola y Jorge Guevara (1980-1981: 20, 27). Este entierro, consistente en un cráneo, es el único huapalcalquense que se ha encontrado en un área habitacional, de ahí su importancia; en la actualidad (2006) está resguardado junto con el material de obsidiana que estudia actualmente la citada especialista.⁶

También se incluye aquí otro entierro que se excavó en la cueva de; Tecolote, el cual se menciona en un informe que se dirigió al arqueólogo Rafael Abascal Macías, durante el desarrollo del proyecto “Cuevas y abrigos rocosos”, a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta del siglo xx. Éste se depositó sobre una capa de lascas de obsidiana (Abascal 1980, f.8). No se ha encontrado mayor información al respecto y se ignora el paradero de los restos óseos.

Otro caso más es el Entierro 1, del Terreno V.C.V. que excavó, en 1983, quien esto escribe y que sólo se ha mencionado en otros lugares (Manzo 1983-1984; Bautista y Olguín 2000:23; Olguín 2003); yacía entre el Piso 11 y el Piso 12 del Edificio 1; aparentemente correspondía a un adolescente o a un adulto. Faltaba el noventa por ciento del cuerpo, pues la maquinaria pesada que se utilizó para construir la actual carretera Tulancingo-Hua-

⁵ Pudiera suponerse que el Entierro I sea el mismo que se describe al final de la Serie de Entierros que proceden de Complejo Norte M-b del Centro Ceremonial de Huapalcalco como Entierro sin denominación alguna. El problema es que éste se encontró en el Montículo b (M-b), dentro de un cuarto y no en el Patio I del Complejo Sur M-a (Müller 1963 a: tabla A).

⁶ Arqueóloga Margarita Gaxiola, comunicación personal, noviembre 26, 2004.

palcalco-Napateco rebanó justamente el costado oriental del Edificio 1, donde se encontraba el entierro. Sólo se recuperaron un radio, un cúbito, parte de un fémur y algunas costillas; el cráneo estaba destrozado debido a que el ganado trepaba sobre el montículo que correspondía al Edificio 1; estos restos óseos fueron objeto de un grave daño patrimonial, perpetrado en el año 2003 por un vecino que habita sobre la zona arqueológica de Huapalcalco y por la Comisión de Servicio Público de Limpia del municipio de Tulancingo. El material óseo se revolvió con otro igual; esta revoltura se encuentra actualmente en la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Clase 2. Aquí se incluyen los entierros humanos de los que queda muy poco debido a que, en general, los restos consisten en astillas y polvo de huesos, o en fragmentos de hueso de los que se puede decir casi nada.

En esta clase se incluyen los entierros asociados al Entierro A, de la cueva del Chivo, que se descubrieron entre los huesos que se depositaron en la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia, hacia el final de la década de los años cincuenta y a principios de la de los sesenta del siglo xx, y que la doctora Josefina Bautista identificó como pertenecientes a dos distintos sujetos, no mencionados en el informe arqueológico de Cynthia Irwin (1959-1960: 4, 19, 23, T. II; 1961, f.2; 1969: 20), quien los excavó, ni en el trabajo que realizó sobre los mismos el maestro Arturo Romano (1974: 79). La doctora Bautista los denominó: Entierro B asociado a 'A' y Entierro C asociado a 'A', que son distintos al Entierro B y al Entierro C que encontró Irwin, y que no ocupan mayor espacio en el catálogo ya mencionado.

En esta clase también quedó incluido el Entierro C, que excavó Irwin (*ibidem*).

Clase 3. La tercera clase se compone de entierros dobles, que presentan huellas de tratamiento óseo y sugieren la verificación de un ritual que se hizo cuando menos en un cuerpo de cada pareja. Hasta ahora las parejas de estos entierros incluyen un esqueleto infantil y otro femenino, completos o incompletos (como el Entierro A (Forma A-2, o Entierro A-2. Irwin, 1959-1960: 4, 19, 23, T. II) de la cueva del Chivo (figura 1), y el Entierro K, del Complejo Norte 'a' (Müller 1962: f.4-5; 1963 a: 30-31, tabla A), o bien dos esqueletos infantiles, completos o incompletos del Entierro C del Grupo VI (Lizardi 1960: 624- 625, lám. 6; Müller 1962: f. 5; Müller 1963 a: 28, lám. II, tabla A).

En el Entierro A (doble) (Forma 'A-2', o Entierro 'A-2'. Irwin 1959-1960: 4, 19, 23, T. II) el esqueleto denominado Entierro A-2 sugiere la



Figura 1. Entierros A-1 y A-2 de la cueva del Tecolote, también llamada cueva del Chivo, Huapalcalco, Tulancingo, Hgo. Tomada de Irwin 1959-1969: fotografía 11).

ejecución de un sacrificio: se trata del cuerpo de una mujer joven, cuyo tórax alojaba un cuchillo de obsidiana y en sus huesos largos la doctora Carmen Pijoán encontró huellas de *chopping* (fracturas intencionales con un objeto de filo romo) y raspado de médula. El acompañante de la sacrificada aparentemente fue un niño (el Entierro A-1). Sobre el infante nada se puede asegurar debido a que había una gran cantidad de huesos que se encontraron revueltos en la caja donde se han guardado los restos, durante muchos años, en la actual Dirección de Antropología Física del INAH.

En el Entierro K (doble) (Müller 1962: f.4; 1963 a: 30-31, tabla A), y en el Entierro C (doble) (Lizardi 1960: 624- 625, lám. 6; Müller 1962: f. 5; 1963 a: 28, lám. II, tabla A) hay evidencias de que se practicó otro ritual que consistió en decapitar a uno de los cuerpos, ya fuera vivo o muerto, porque en cada entierro doble un individuo materializó su presencia únicamente con su cráneo.

En el Entierro C, el cuerpo denominado Entierro C-b (también llamado Entierro C-2) era un cráneo infantil, encerrado entre dos recipientes. En el caso del Entierro K, la doctora Carmen Pijoán observó que el cráneo que conformó el Entierro K-2 muestra indicios de que estuvo inmerso en agua u otro líquido hirviente, o bien que hirvió en sus propios líquidos, al haberse colocado muy cerca de una fuente de calor.

El Entierro A se fechó hacia el Precerámico, el Entierro C hacia el Preclásico tardío y el Entierro K hacia el Clásico.

Aceptando las cronologías asignadas a estos entierros, el Entierro C, que se encontró bajo un piso de la Estructura I del Grupo VI, y el Entierro K, que se halló bajo un piso en el Complejo Norte-a, que estaba situado al noreste del M-6 (este último tal vez sea el Montículo 6) (Müller 1962:f.4), puede asumirse que representan una continuidad, posiblemente de un mismo grupo cultural de filiación étnica desconocida. Lo mismo se puede decir del Entierro A, que se encontró dentro de la cueva del Chivo, pues esta formación geológica prácticamente es parte del centro cívico-ceremonial de Huapalcalco y es visible y cercana a la plaza del Grupo VI, tanto que es improbable que quienes construyeron el centro ignoraran la cueva, o que esta formación topográfica les fuera indiferente.

Los acompañantes de los cráneos infantiles eran:

- en el caso del cráneo que conformó el Entierro C-2, y que correspondía a un niño de unos dos años de edad, la compañía era el cuerpo completo de un niño de once años (Entierro C-1);
- para el caso del Entierro K-2, que consistió en un cráneo con huellas de cocción directa o indirecta en un medio líquido, de entre dos y tres años de edad, el acompañante era el Entierro K-1, que corresponde a una mujer adulta, joven (que sufría de osteomielitis y artritis).

Clase 4. La cuarta clase de entierros en Huapalcalco está representada por aquellos que se conformaron por un solo cráneo. Sin duda la definición de esta clase de entierros aún resulta poco precisa, en tanto varios de los que se incluyen en otras clases pudieran tener cabida en este apartado, como se notará a continuación.

Aquí se puede incluir el Entierro 1 que se encontró en el Patio Norte de la Unidad Habitacional, denominada Área C de los talleres de talla de obsidiana del Pizarrín, que excavaron los arqueólogos Margarita Gaxiola y Jorge Guevara (1980-1981:20, 27). Es interesante el hecho de que este cráneo se dispuso de la misma manera que el que conformó el Entierro C-b -también llamado Entierro C-2 (Lizardi 1960: 624- 625, lám. 6; Müller 1962: f. 5; Müller 1963 a: 28, lám. II, tabla A)-, dentro de un depósito cerrado, pues C-2 consistió en un solo cráneo encerrado entre dos vasijas. Posiblemente el Entierro 1 date del periodo Epiclásico (650-900 dC). La diferencia entre estos entierros que consisten, cada uno, en un cráneo es que el Entierro C-2, que era parte de un entierro doble, se dispuso bajo un piso, mientras que el Entierro 1, que excavaron Margarita Gaxiola y Jorge Guevara, se encontró aislado y entre desechos de talla.

Los cráneos de la Clase 3 de entierros aquí formulada corresponden a un niño y tal vez a un adolescente, mientras que los cráneos solitarios de la Clase

4 corresponden a cabezas de niños de entre los dos y los tres años de edad (Entierro C-b, también llamado Entierro C-2, y el Entierro K-2) (Lizardi 1960: 624- 625, lám. 6; Müller 1962: ff. 4-5; Müller 1963 a: 28, 30-31, lám. 2, tabla A), mientras que el Entierro 1 del Pizarrín perteneció a un adolescente.⁷

Es importante considerar que el Entierro C data del Preclásico tardío, el Entierro K del Clásico y el Entierro 1, de Gaxiola y de Guevara, data del Epiclásico, ya que esto puede apuntar hacia una continuidad en la práctica de una decapitación ritual.

Clase 4.1. En esta subdivisión de la Clase 4 se decidió colocar los cráneos fragmentados y quemados del Entierro G, que excavó Müller (1963 a: 31), en la entrada de la cueva del Chivo, con todo y sus interesantes ofrendas (bolas de copal, carbón y cuchillos rotos de obsidiana) que datan del Postclásico. Tal decisión se tomó considerando que se trata también de entierros de meros cráneos, pero en número de dos en adelante.

Clase 5. Aquí se incluye sólo el Entierro B que excavó la arqueóloga Cynthia Irwin (1959-1960: 4, 19, 23, T. II) y que procede de la cueva del Chivo. El Entierro B corresponde a un individuo infantil de unos seis años, que se depositó flexionado, sedente, dispuesto con el cuello hacia abajo y los pies hacia arriba, que carecía de cráneo y estuvo asociado con una ofrenda de dientes. Por cierto, esta ofrenda no ha recibido mayor atención por parte de los antropólogos físicos. Arqueológicamente la ofrenda bien pudiera relacionar directamente a Huapalcalco con Teotihuacan,⁸ donde se han encontrado ofrendas de dientes y de copias de piezas dentales hechas en concha.⁹

⁷ Arqueóloga Margarita Gaxiola, comunicación personal, noviembre 26, 2004.

⁸ Irwin (1969:6-7) habla de varios cientos de molares, premolares, incisivos y caninos de niño y adulto; cuatro dientes presentan mutilación dentaria. Dados los criterios empleados en la mutilación dentaria prehispánica, que el maestro Javier Romero explicitó, necesariamente se trata de piezas dentales que corresponden a adultos. Según uno de los catálogos del maestro Romero (1986: 23, 27), se trata de cuatro piezas (las número 1075 a 1079), cuyas alteraciones corresponden a los Tipos B4, E1, G2 y G4. Los tipos E1 y G2 fueron comunes durante el Clásico medio, mientras que los tipos de mutilación B se han encontrado principalmente en la Huasteca. Si bien es cierto que los dientes limados e incrustados han resultado ser un rasgo mesoamericano por excelencia, muy extendido en tiempo y en espacio, también es cierto que se ha supuesto que para los valles de México y Oaxaca la costumbre data de 1000 aC-500 aC, mientras que para la parte meridional de Veracruz se comenzó a utilizar a partir de 700 dC y en la región Huasteca en 900 dC Irwin (*ibidem*) afirma que las incrustaciones eran de turquesa y también de obsidiana o pirita. En una de sus notas, Irwin (1969:8, T. II) dice que la ofrenda de dientes completos y de dientes mutilados e incrustados se entregó al Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1964.

⁹ Sobre las piezas dentales, naturales o artificiales que se ofrendaron en Teotihuacán se ha publicado poco (Pauer 1925; Piña Chan 1972: 46; Cabrera *et al.* 1989: 60, fig. 4).

El Entierro B es la contraparte de los otros entierros que evidencian la celebración de un ritual que implicaba la decapitación de niños y el cuidadoso entierro del cuerpo; su cráneo bien pudo enterrarse acompañando a otro difunto (otro niño o una mujer), o bien colocarse dentro de una caja, como el cráneo que encontraron Margarita Gaxiola y Jorge Guevara (Entierro 1). Contrasta el hecho de que en el caso del Entierro B el cuerpecito se enterró junto con la ofrenda de dientes y posiblemente con el brazo y el omóplato de un adulto; data del periodo Postclásico (Azteca III, 1, 400 dC).

Clase 6. En este apartado se incluyen entierros infantiles primarios e individuales; asociados con elementos arquitectónicos; de entre los cero y los seis años de edad, con o sin ofrenda. Es muy posible que los entierros aquí incluidos daten del periodo Epiclásico (650-900 dC). Estos entierros se excavaron en 1983-1984, ya se han detallado en otros lugares (Manzo 1983-1984; Bautista y Olguín 2000; Olguín 2003).

Clase 6. 1. En esta subdivisión de la Clase 6 se decidió incluir un entierro primario, individual e infantil, el Entierro 2 del Terreno V. C. V.; se encontró bajo el aplanado del último escalón ascendente de la escalera que se ubicaban en lado sur del Edificio 1; en posición sedente, apoyado sobre su sacro, con el tórax echado hacia delante, viendo hacia el oriente; extremidades superiores extendidas a los lados, separadas del cuerpo y con los codos apoyados en unas lajas; las piernas estaban separadas y extendidas; carecía de mobiliario fúnebre. La doctora Josefina Bautista calculó que el infante tenía alrededor de dos años de edad (figuras 2 y 3).

Clase 6. 2. En este apartado se incluye el Entierro 3 del Terreno V.C.V., estaba bajo la plantilla del Piso 1. Se trata de un entierro infantil que se encontró en posición flexionada sedente. Llama la atención su mobiliario: un cajete hemisférico, anaranjado con acabado muy brillante (laca), tipo Potrero viejo, que posiblemente provenga del norte de Veracruz. La base de la vasija se colocó sobre la cabeza del niño, lo que marca una diferencia muy grande con el uso de vasijas en otros entierros huapalcalquenses (el Entierro C-2 y el Entierro E, ambos excavados en el Grupo VI) en los que las vasijas se utilizaron para encerrar cráneos o cubrir la cara, el pecho, la pelvis y los pies del difunto. El Entierro 3 del Terreno V.C.V. se excavó de manera apresurada y con ello se perdió información; la doctora Josefina Bautista estima que el finado tenía una edad de cuatro años al morir; según la especialista, los huesos largos del Entierro 3 del Terreno V.C.V. tal vez evidencien un proceso infeccioso inflamatorio; los restos están muy



Figura 2. Entierro 2 de la serie V.C.V. de Huapalcalco, *in situ* (tomada de Manzo, 1983-1984).

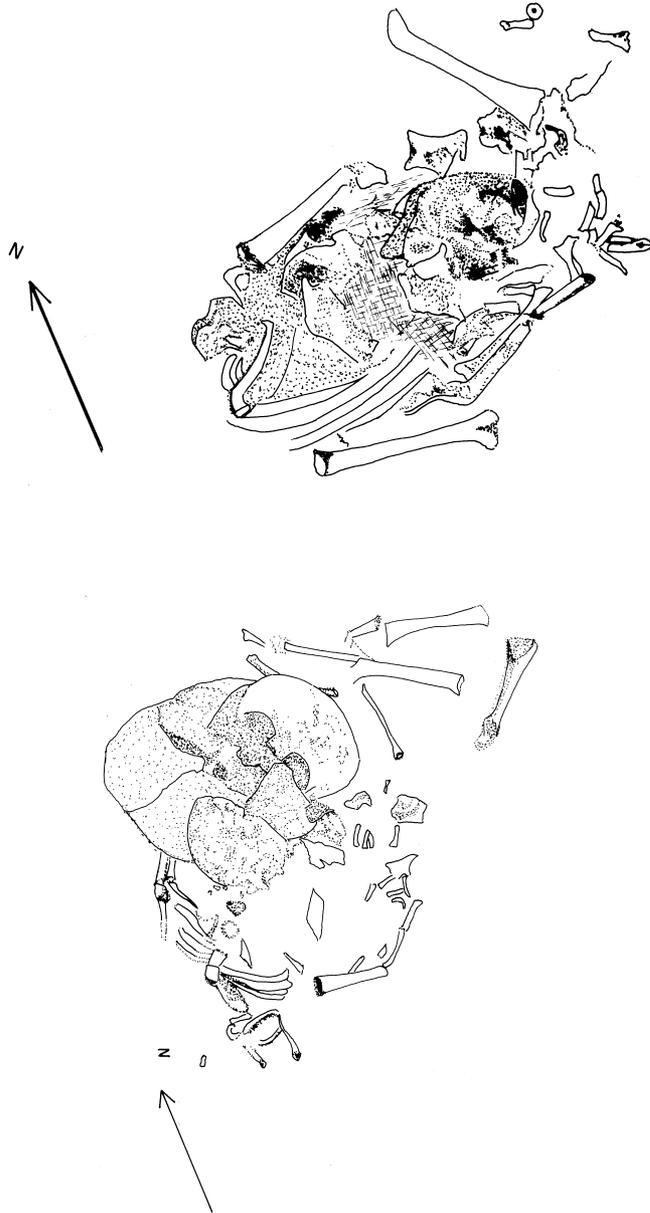


Figura 3. Dos vistas esquemáticas del Entierro 2 de la serie V.C.V. de Huapalcalco, recién descubierto (tomada de Manzo, 1983-1984).

fragmentados y no se puede decir más sobre ellos; data del Epiclásico, a juzgar por la vasija que tenía como ofrenda.

Clase 7. En este apartado se incluye el Entierro 4 que se encontró en el Edificio 1, ubicado en el Terreno V.C.V. Como los entierros anteriores se excavó en 1983-1984 y ya han hablado de él en otros textos (Manzo 1983-1984; Bautista y Olgúin 2000; Olgúin 2003). Se trata de un entierro infantil, individual y primario, que se encontró sepultado en un empedrado que prácticamente lo cubrió; se colocó sobre dos bloques careados que descansaban sobre el Piso 11 y se encontraban adyacentes a la esquina sureste del empedrado, el cual también le sirvió de base a un marcador fúnebre (el mal llamado Muro 7) que indicó la presencia del Entierro 4 del Terreno V.C.V., durante varios años, en la época prehispánica (figura 4).

El cuerpo se colocó en decúbito lateral izquierdo, las extremidades superiores formaban un ángulo recto y descansaban sobre los fémures; su cabeza apuntaba hacia el oeste y su frontal al norte, mientras que sus pies estaban hacia el oriente; cerca de uno de sus pies se encontró un pedacito de carbón, lo cual fue insuficiente para obtener alguna fecha; carecía de ofrenda, pero aunque fue sepultado entre las piedras del empedrado, una serie de lajas, que se encajaron de modo que atravesaran el Piso 12 y el Piso 6, rodeaban el cuerpo, cuya edad era de alrededor de los siete años, según las apreciaciones de la doctora Josefina Bautista. El marcador, el mal llamado Muro 7, que insistentemente indicaba dónde se encontraba el Entierro 4, se considera parte de su mobiliario.

Sin duda se dio alguna relación entre el Entierro 1 del Terreno V.C.V. (incluido en la Clase 1 de esta clasificación), el Entierro 2, el Entierro 3 y el Entierro 4 del Terreno V.C.V., es posible que el nexa haya sido la función del Edificio 1, pero por el momento hacen falta elementos que permitan explicar la índole de dicho nexa.

Clase 8. Aquí se incluye sólo el Entierro F, del Grupo VI, que excavó Florencia Jacobs Müller (1963 a: 31, lám. VII, tabla A),¹⁰ quien lo relacionó con la ceremonia de la veintena *Toxcatl*, dedicada a *Tezcatlipoca*, o *Titlacauan* (Sahagún 1979:81). Este entierro es otro que evidencia también un ritual en el que la mutilación tuvo relevancia. Se trata de un entierro

¹⁰ En la publicación de 1963 a, Müller enlista dos entierros designados como Entierro J, pero hay un error de imprenta que se puede corregir fácilmente. De acuerdo con el informe de fecha 12 de septiembre de 1962 que firmó Florencia Müller, y con el dibujo a línea que presenta del Entierro F, éste es el Entierro J (Müller 1962: 3; 1963 a: tabla 3). Además, ambos entierros se distinguen fácilmente por la posición en la que fueron encontrados.

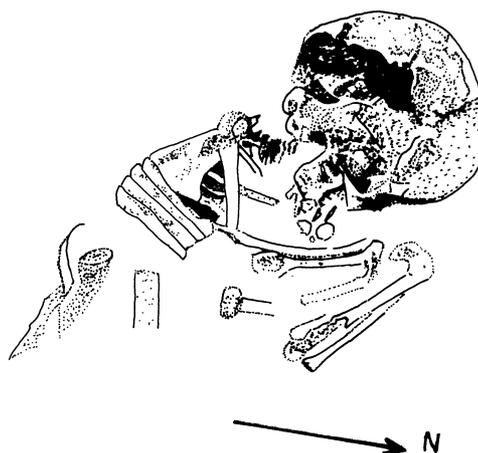


Figura 4. Entierro 4 de la serie V.C.V. de Huapalcalco, *in situ* (tomada de Manzo, 1983-1984).

individual, primario, adulto, masculino, sin cráneo, carece de brazo derecho, pelvis, antebrazo izquierdo, fémur, tibia y peroné derechos, peroné y tibia izquierdos; le faltan ambos pies y según Müller data del Postclásico.

Clase 9. Aquí se clasificaron entierros completos; el Entierro J se encontró en el Complejo sur M-a del centro ceremonial de Huapalcalco, que formó parte de un sistema de terrazas que circundaban el cerro de la Mesa, cada

una de las cuales soportaba o soporta pequeños cuartos.¹¹ Las terrazas se comunicaban entre sí por senderos empedrados de dos metros de ancho que subían hasta la cima del cerro de la Mesa. El Complejo sur M-a consistía en una plataforma cuadrangular que medía 10 x 4 m y de altura 4.20 m. Tenía cuatro pisos sobrepuestos: el primero y el segundo de estuco, el tercero de barro quemado y el cuarto de tezontle y barro. La parte del piso que pertenecía a los restos de un cuarto era de barro; mientras que en el corredor, de estuco (Müller 1962, ff. 2-4, 18, 23, fotos: 12, 17; 1963: tabla A). Bajo el cuarto piso se encontró el Entierro J. Se trata de un individuo adulto, masculino, en posición flexionada sedente. Su mobiliario se componía de un patojo café-negro, el más grande que se había encontrado en el valle de Tulancingo hasta 1959, y “una escudilla anaranjada” (Müller 1962: f.2, fotografías 12 y 17; 1963b: 3, fotografía 12; 1963 a: tabla A). No hay mayor dato sobre este entierro.

Conclusiones

Sin duda, falta mucha información para poder ofrecer una clasificación de entierros humanos procedentes de Huapalcalco que nos permita distinguir tanto las características físicas propias de los habitantes del lugar, como las de los sacrificios humanos que indudablemente practicaban.

Es evidente que un elemento importante por considerar para clasificar los entierros es su contexto; en este sentido aún existen interrogantes. Si bien es cierto que en muchos casos es clara la asociación de restos óseos con la cueva del Tecolote y con estructuras arquitectónicas que ocupaban un lugar relevante en el espacio urbano de Huapalcalco, también es cierto que el Entierro J y el Entierro sin denominación (ambos excavados por Müller) se encontraron en habitaciones que pudieron tener una función doméstica, pues el espacio de las construcciones en las que se encontraron era muy reducido, prácticamente se trataba de estructuras que “colgaban” del acantilado del cerro de la Mesa. Empero, el Entierro K también se encontró en uno de estos espacios reducidos y tiene características relacionadas con el sacrificio humano, mismas que le dan a uno de esos pequeños espacios una relevancia social o religiosa que aún desconocemos.

El material óseo hasta ahora registrado evidencia que en Huapalcalco se realizaban sacrificios humanos, sobre todo de niños, aunque también se

¹¹ Véase nota anterior.

encontraron los casos de un adolescente, una mujer adulta joven y un hombre adulto joven.¹²

En los cuerpos de los niños se dio la decapitación, o la remoción *post-mortem* de sus cráneos, y en un caso la cocción directa o indirecta de una cabeza. Así se presenta un cráneo infantil encerrado entre dos vasijas, otros cráneos ofrendados junto con cuchillos de obsidiana y bolas de copal, y un cráneo cocido. También existe el caso de un cráneo, que corresponde a un adolescente encerrado en una caja hecha de piedra y enterrada en el área habitacional de los talleres de talla de obsidiana en El Pizarrín.

Falta entender cabalmente la relación que se dio entre los entierros que consisten solamente en cráneos y aquellos que incluyen cuerpos completos, y la relación que se dio entre el cuerpo decapitado de un niño y la ofrenda de dientes, un omóplato y parte de un brazo adultos.

Falta averiguar si en las costillas que corresponden al cuerpo de la mujer, cuyo tórax albergaba una punta de proyectil, hay fragmentos microscópicos de obsidiana. Se sabe que su sacrificio incluyó prácticas de canibalismo ritual, como demuestran las huellas de fuego y de fracturas intencionales (*chopping*) en sus huesos largos y el raspado de la médula ósea de los mismos.

Sólo hay un caso de un adulto masculino al que le faltaron la cabeza, el brazo derecho, la cadera, el antebrazo izquierdo, fémur, tibia y peroné derechos, peroné y tibia izquierdos, y ambos pies; lo que puede ser también resultado de una práctica de canibalismo ritual o de mutilación también ritual.

De igual forma, es evidente que no sólo las cabezas de los niños tenían una gran importancia en Huapalcalco, posiblemente se hayan dado otras formas de sacrificio que excluyeran el corte de las mismas y por ello se encuentren esqueletos infantiles completos, o bien que ciertas muertes naturales se aprovecharan para depositar los cadáveres en estructuras arquitectónicas.

¹² Los rangos de edad para las diferentes etapas de la vida son:

1ª. infancia	0-3 años
2ª. infancia	4-6 años
3ª. infancia	7-12 años
adolescente	13-17 años
subadulto	18-20 años
adulto joven	21-35 años
adulto medio	36-55 años
adulto avanzado	56-75 años
senil	76 años en adelante.

Cortesía del antropólogo Gerardo Valenzuela, de la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Siempre sucede que es difícil interpretar si un marcador funerario, arquitectónico o escultórico, sirve para perpetuar el recuerdo de ese difunto entre la gente –debido a la importancia social y jerárquica del individuo mismo–, o bien si funcionó para recordar un mero sacrificio. Esto es algo que aún queda por dilucidar en la arqueología de Huapalcalco.

Falta todavía estudiar la ofrenda de dientes que se encontró en la cueva del Chivo y buscar sus posibles relaciones con las ofrendas dentales de Teotihuacan.

De igual modo, falta estudiar la función que para los otomíes de desempeña la cueva del Napateco, pues es posible que a partir de esa investigación se encuentren opciones para interpretar el uso continuo que tuvo la cueva del Chivo.

Las diferentes épocas de las que proceden los entierros de Huapalcalco aparentemente indican la existencia de una continuidad cultural en las prácticas funerarias, sobre todo en materia de sacrificios humanos; pero ésta es una cuestión problemática. Si bien las interpretaciones que hizo la arqueóloga Florencia Jacobs Müller arrojan luz sobre algunos entierros (Entierro F y Entierro G), que datan del Postclásico, y que la información oral que ella recolectó en Tulancingo (Müller 1963a: 31) resulta muy valiosa, es necesario excavar más entierros y trabajarlos al lado de los antropólogos físicos, pues sólo así se podrá afirmar la existencia de dicha continuidad cultural y se podrá caracterizar a la población prehispánica de Huapalcalco.

Bibliografía

ABASCAL, MACÍAS RAFAEL

- 1980 Expediente “Cuevas y abrigos rocosos n. 2”, Informe de campo sin firma, dirigido al arqueólogo Rafael Abascal Macías, director del Centro Regional Hidalgo, con fecha 01/04/1980. Archivo Técnico del Centro Regional del INAH, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

BAUTISTA, JOSEFINA Y ENRIQUETA M. OLGUÍN

- 2000 “Entierros infantiles prehispánicos en Huapalcalco, Hidalgo”, en *La Gaceta del CEHIPO, Nuestra Historia*, t. IV, núm. 38, México, julio del 2000, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato, pp. 23-32.

CABRERA, RUBÉN, GEORGE COWGILL, SABURO SUGIYAMA Y CARLOS SERRANO

- 1989 “El Proyecto Templo de Quetzalcoatl”, en *Arqueología* núm. 5, México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 51-78.

GAXIOLA, G. MARGARITA

1978-1979 *Informe preliminar de la primera temporada del subproyecto Huapalcalco*, México, Centro Regional Hidalgo, Archivo Técnico de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GAXIOLA, G. MARGARITA Y JORGE GUEVARA

1980-1981 *Informe preliminar de la tercera temporada del subproyecto Huapalcalco*, México, Centro Regional Hidalgo, Archivo Técnico de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

IRWIN, WILLIAMS CYNTHIA

1959-1960 *Postpleistocene, Classic and Postclasic remains from la cueva del Tecolote (Tulancingo, Hgo.)*, México, 2 tomos, mecanoescrito, Universidad de Harvard, Peabody Museum, Archivo Técnico de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1961 Expediente 5.1.21., marzo 2, 2 ff., México, Sección prehispánicos, Archivo Técnico de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1969 *Classic and Postclasic remains from la cueva del Tecolote (Tulancingo, Hgo.)*, México, mecanoescrito, Biblioteca José Luis Lorenzo de la Subdirección de Servicios Académicos y de Laboratorios (antes Prehistoria) de la Dirección de Estudios Arqueológicos (antes Prehispánicos) del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

LIZARDI RAMOS, CÉSAR

1954 “Informe referente a la destrucción de las ruinas de Tulancingo, Hidalgo”, rendido por César Lizardi Ramos al profesor Eduardo Noguera, jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, mayo 2, 1954. Exp. 311.32 (z46-7)1, ff. 1-5; ff.1-2, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1960 “El patio más antiguo de Mesoamérica”, en *Men and cultures*, Philadelphia, EUA, AFC Wallace (ed.), pp. 616-626.

1968 “Arqueología del valle de Tulancingo”, documento mecanoescrito, número 421 (29/VII-VIII/58), 94 ff. Fondo César Lizardi Ramos, Archivo Técnico de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (fotocopia del mismo mecanoescrito inédito se resguarda en la Biblioteca Peñafiel, Exconvento de San Francisco, Pachuca, Hidalgo, México. El autor entregó el original a la Universidad Autónoma de Hidalgo en 1968 para su publicación, la que

se realizó de manera incompleta en el año 2000. En el original hay correcciones hechas por el autor, quien afirma en la presentación que éste es un trabajo en el que se amplía el texto que se publicó en *Cuadernos Americanos*, en 1958).

MANZO OLGUÍN, ENRIQUETA

1983-1984 *Rescate Arqueológico: Huapalcalco, 1983-1984. Informe de la Primera Temporada de Rescate Arqueológico en Huapalcalco, Tulancingo, Hidalgo*, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

MÜLLER, FLORENCIA J.

1956-1957 “El Valle de Tulancingo”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 14, parte 2, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 129-137.

1962 *Informe preliminar sobre los trabajos de la zona arqueológica en Huapalcalco, Hidalgo*, México, septiembre 12 de 1962, tomo LIX, 436-2, en Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1963a “Costumbres funerarias en el valle de Tulancingo”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 19, México, Sociedad Mexicana de Antropología.

1963b Exploración arqueológica en Huapalcalco Hidalgo. Quinta Temporada, 1959, México, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, tomo xv, Secretaría de Educación Pública, pp. 27-36.

1986 *Entierro radial de Tulancingo, Hidalgo*, México, Cuaderno de Trabajo núm. 1, Departamento de Salvamento Arqueológico del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

MÜLLER, FLORENCIA J. Y CÉSAR LIZARDI RAMOS

1955 *Informe acerca del resultado y circunstancias de la cuarta temporada de exploraciones en el valle de Tulancingo, Hidalgo*, Exp. 311.32 (z46-7) 9 ff.; 20-26 de diciembre de 1955, México, en Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

OLGUÍN, ENRIQUETA M.

2003 *Catálogo arqueológico de los entierros prehispánicos de Huapalcalco, Tulancingo, Hidalgo, que se excavaron entre 1955 y 1985. Incluye algunas observaciones de las Dras. Josefina Bautista y Carmen Pijoán*, México, mecanoscrito depositado en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología y en la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

PAUER, SILICEO PAUL

- 1925 “Representaciones prehispánicas de dientes humanos”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5a. época, tomo I, núm. 3 (el número del tomo está corregido a mano con el número romano III, en la Biblioteca Nacional de Antropología), México, Imprenta del Museo Nacional, pp. 220-222.

PIÑA, CHAN ROMÁN

- 1972 *Historia, arqueología y arte prehispánico*, México, Fondo de Cultura Económica.

ROMANO, ARTURO

- 1974 “Restos óseos humanos precerámicos de México”, en *Antropología física, época prehispánica panorama histórico y cultural*, vol. III, México, Departamento de Antropología Física, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

ROMERO, MOLINA JAVIER

- 1986 *Catálogo de la colección de dientes mutilados prehispánicos, IV parte*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, colección Fuentes.

SAHAGÚN, BERNARDINO DE

- 1979 *Historia General de las Cosas de Nueva España*, México, ed. Porrúa, Colección “Sepan Cuantos...”, núm. 300.

SÍNTESIS GEOGRÁFICA DEL ESTADO DE HIDALGO

- 1992 México, Instituto Nacional de Geografía e Informática.

Cartografía

- 1994 *Carta Topográfica Tulancingo*, F14D82, Esc. 1: 50000.

Hemerografía

- El Sol de Tulancingo*, 1999, marzo 17: “Originan diversos problemas. Detuvieron la introducción del drenaje en Huapalcalco”, primera plana, ángulo inferior derecho y página 2.

Comunicaciones personales

- Sr. Porfirio Cárdenas Soto, delegado municipal de Huapalcalco, comunicación personal, agosto 15, 2002.

Sr. Filiberto García Barraza, vecino de Huapalcalco, comunicación personal,
diciembre 15, 1983.

Arqueóloga Margarita Gaxiola, investigadora del Instituto Nacional de
Antropología e Historia, 26 de noviembre del 2004.